

Joaquín Araújo

**Somos
agua
que
piensa**



CRÍTICA

Joaquín Araújo

Somos agua que piensa

Prólogo de Pedro Arrojo Agudo

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: marzo de 2022

Somos agua que piensa
Joaquín Araújo Ponciano

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Joaquín Araújo Ponciano, 2022

© Fotos y caligrafía de Joaquín Araújo Ponciano

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-391-9
Depósito legal: B. 1.937-2022

2022. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.



CAPÍTULO 1

BASTA UNA PALABRA: HONESTO



Honesto

Contemplando, con
dos grandes gotas de Agua,
las confluencias.

Si el agua está unida al corazón del hombre se corregirá. Si el agua es limpia y pura, el corazón de la gente se unificará, y mostrará su deseo de limpieza.

LAO ZI

La claridad del cristal transparente
no es claridad para mí suficiente:
el agua clara es el agua corriente.

OCTAVIO PAZ

Y un dios que está cerca de aquí:
entre los alhelíes, al pie de aquel pino alto,
sobre la conciencia del agua, sobre la ley vegetal.

SOHRAB SEPEHRÍ

Lleva agua —compañero— y derrámala a chorros
sobre el fuego terrible de la angustia.

OMAR JAYYAM

Que nada sabe estar como la piedra,
ni ser tan puramente como el río.

JESÚS LÓPEZ PACHECO

Nadie da las gracias al cauce seco del río por su pasado.

RABINDRANATH TAGORE

...bañó el agua castalia el alma mía,
peregrinó mi corazón y trajo
de la sagrada selva la armonía.

RUBÉN DARÍO

Mi voluntad no destruye la vida endeble.

FRIEDRICH HÖLDERLIN

En mi mano derecha llevo un pincel, en la izquierda un tintero. Mojo aquel en este y trazo con parsimonia —pretendo hacer un poco de teatro para aumentar la atención del auditorio— las líneas del sinograma usado para escribir el equivalente a la palabra «honesto» en nuestro idioma. Término que también escribo con nuestras abstractas letras para que quede clara la traducción. No culmino la caligrafía con la pulcritud que me hubiera gustado, pero está lo suficientemente bien como para que alguno crea que sé escribir en chino. Ya me gustaría, pero en absoluto domino lo que considero un descomunal acierto. Muy lejos queda nuestro alfabeto y diccionario de la escritura con ideogramas. Por eso, comienzo la conferencia intentando explicar lo oportuno que resulta, si se quieren comprender algunos conceptos básicos, escribir y hablar esa compleja lengua. Afirmino que muchas de esas pequeñas obras de arte que son las palabras en chino, coreano o japonés esconden, en efecto, una especial lucidez. Porque crean el más esencial de los vínculos: el que se puede establecer entre un garabato, y lo escribo con especial cariño, y nada menos que una insuperable concreción. En efecto, esos pictogramas a menudo comprenden lo que nos hace comprender. Es decir, que muchas palabras chinas albergan

algunas de las mejores y más certeras ocurrencias de cuantas he leído en mi vida. Entre otros motivos, porque alcanzan a ser resúmenes, casi perfectos, de ideas complejas, relaciones profundas que proceden de una memoria ancestral y de una sabiduría que, en su mayor parte, se ha perdido. Es más, bastan media docena de esas representaciones para asumir con plenitud varias de las relaciones cruciales entre la Naturaleza y la Cultura. Con entusiasmo comunico a los que atienden que, con unos pocos ideogramas, concretamente los que puedo escribir —entre ellos vivir, tierra, arte, paisaje, agua, árbol...—, he completado algunos de mis mejores pensamientos. Algunas palabras, incluso, equivalen a experiencias completas y a largos procesos de conocimiento. (Algo que los lectores de estas páginas pueden comprobar en el último capítulo de este libro.)

Lo que ahora intento compartir con un definitivamente sorprendido auditorio es la extraordinaria coherencia de haber vinculado la honradez a Agua. Reitero que algunas palabras esconden nada menos que un ideario completo y hasta te permiten alcanzar algo de lucidez. Claridad que debe partir de la equivalencia entre lo que decimos o escribimos y lo que realmente sucede, sentimos o deseamos. Añado —sigo notando sorpresa en los que me escuchan— que es necesario recuperar el sentido más completo y original de nuestros términos lingüísticos. Afirmo que la pérdida de léxico —y todavía más de la comprensión de lo que quieren decir las palabras— es uno más de los desastres del presente. Por eso, leer es hoy tan necesario como el gastar menos energía. Es más, dado que buena parte del diccionario también está en peligro de hibridación o extinción necesitamos un arca de Noé para palabras. Explorar los significados, a menudo delirantemente traicionados, ya es alcanzar algo de la honestidad que cada día necesitamos más. Precisión y claridad en los contenidos y su equivalencia con lo nombrado es destreza que pue-

den compartir Agua y la comunicación entre humanos. Y uno, desde luego, los considera asociados a la honestidad.

Sé que los por suerte atentos escuchantes conocen miles de casos en los que Agua parece no tener nada en común con lo ético. Por eso, dejo caer la idea de que lo contrario a todo lo que voy a explicar también existe y, sin duda, en demasía. Pero que tal circunstancia no invalida la vinculación que pretendo hacer entre el líquido vivaz y algo de lo mejor que podemos hacer nosotros mismos para nosotros mismos. Porque necesitamos como el beber conductas honradas. Me anticipo a posibles réplicas en el turno de preguntas haciendo hincapié en el hecho de que el término *honesto* está acertadamente vinculado, por los creadores de los pictogramas, a Agua limpia. Por ningún lugar aparece el que, cuando es asesinada por los contaminantes, el líquido de la Vida se convierte en el de la muerte. O, si prefiere, el símbolo de lo honrado se convierte en manifiestamente corrupto.

Pero estamos acordándonos solo del Agua de la Vida, la que nos deja ver, sentir, recordar. En cualquier caso, comento que con el líquido esencial sucede como con la misma Natura en su conjunto. Por cada acto o suceso que podemos calificar como peligroso, dañino o incluso letal podemos identificar y disfrutar de miles/millones de gestos, servicios, regalos que nos favorecen. Los que definen la Natura como una mala madrastra seguro que apenas han salido de las ciudades y de las pantallas. Como es una de mis obsesiones, añado que todos los que reniegan de los paisajes vivos se pierden algunos de los mejores regalos que conlleva estar vivos en este planeta. Apenas habrán sido acariciados por la calma y la belleza que siempre vienen de la mano de la contemplación de la línea del horizonte. Apenas habrán escuchado los conciertos de las aves cuando la luz se despierta o se acuesta. No ver cómo manan las alfguaras o escuchar cómo susurran las fuentes resulta una carencia fatal. Es más, si sus

relaciones con Agua son solo a través de los grifos poco, o nada, sentirán los vínculos esenciales. Menos aún entenderán la esencia de esta charla, es decir, que si Agua está limpia y sana también podemos estarlo nosotros, ejerciendo la biomímesis más coherente.

Vuelvo a la limpidez y les explico que limpiarse a sí misma ya es propósito sumamente honesto, porque Agua siempre busca su propia regeneración. Tiene la capacidad de autodepuración. Cierto es que podemos identificar un sacrificio altruista porque manchándose Ella lo limpia todo, nosotros incluidos. Pero una vez que ha devuelto la limpidez, la higiene o la salud a lo que ha lavado, el líquido de la Vida no se detiene hasta recuperar su propia pureza.

La transparencia, pues, es la vocación incesante de lo ácuo y en consecuencia una aproximación, por poco que sea, a la realidad y a la verdad siempre más honradas que sus antónimos, tan practicados. De hecho, como nuestros modos y maneras de comunicar y relacionarnos premian tanto a la mentira y el engaño, esta decidida apuesta de las aguas es pura sugerencia para que acometamos la tan necesaria descontaminación mental. A la que ayuda, afirmo, la contemplación de la transparencia, esa que viste al Agua cimarrona, tan desnuda siempre, y centro la evocación en los manantiales y tramos altos de los cursos fluviales. Cierto es que la inmensa mayor parte de las Aguas no son transparentes. La tendencia del líquido a mezclarse con todo, a participar en la casi totalidad de lo que sucede en este mundo tiene también su lectura ética. Agua nunca está sola, nunca se excluye. Pero hay otra asociación con la transparencia que parece todavía más crucial. Me refiero a no hacer otras cosas que las que se proponen inicialmente. Acaso bueno sería considerar que Agua no engaña ni se engaña. Todo lo contrario de lo que sucede con demasiada frecuencia en casi todas las declaraciones de buenos propósitos ambientales. Se trataría, por ejemplo, de que al decir o escribir soste-

nibilidad estuviéramos comprometiéndonos a comportarnos como Agua. Pero, por desgracia, en la mayoría de los casos enmascaran, como hace el maquillaje, las reales intenciones de la insaciable codicia de los listos. No sé qué rara intuición me hace mirar a mi derecha y aprecio cierta incomodidad en el concejal que sigue a mi lado. Me presentó con grandes elogios que agradeceré al final de la charla para romper el convencionalismo. De momento, parece que está arrepintiéndose de haberme invitado a dar una conferencia exclusivamente basada en una palabra china.

La incomodidad del vecino de mesa me anima a ahondar más en la argumentación. Afirmo, con cierto énfasis, que incumplir las promesas es una de las facetas más en auge de nuestras sociedades actuales. Llega a la condición de norma en la clase política y empresarial, todo ello cuando se afirma que la base del sistema es la confianza. Ser constantemente fiel a los compromisos adquiridos puede ser, por tanto, considerado como uno de los perfiles/pilares de la honrada honestidad. En este sentido, también podemos ligar la honradez a Agua desde el momento que todo su ciclo es un rotundo e incesante cumplimiento de la promesa de volver.

Otro de los contenidos que permiten asociar la honestidad al Agua, como mantiene Goethe en uno de sus mejores textos, mana del retorno regular y hasta puntual de los ciclos de renovación. Todos ellos, por cierto, indisolublemente ligados a lo hídrico. El sucederse de las estaciones, en efecto, con la presencia o ausencia de Agua como su principal ingrediente, está íntimamente ligado a una confianza básica y esencial para los humanos, no solo los que vivimos en las regiones templadas del planeta.

Cierto que la deshonestidad de esta civilización, principalmente a bordo del desastre climático, está incitando traiciones a sí misma de Agua. De hecho, casi todo lo relacionado con las lluvias está so-

metido actualmente a grandes dosis de irregularidad. Esto no quiere decir que todavía no podamos alegrarnos por el regreso de las primaveras y otoños lluviosos, pero cada año con tacañería creciente y como a trompicones. Que el invierno nos regale alguna nevada como tenía costumbre ha comenzado a ser excepcional a pesar del temporal Filomena de 2021. Añado, para intentar seguir atrayendo la atención, que conviene recordar que etimológicamente *honra* quiere decir mantener la reputación de nuestros ascendentes. Como algunos consideramos progenitores a la Natura y sus elementos y ciclos esenciales, parece claro que asesinar aguas, pervertir el clima o esquilmar las especies son actos fundamentalmente deshonorosos y contrarios a las tareas de Agua.

A continuación, asoma a mis argumentos el que nuestro líquido elemento practica la integridad de irse constantemente para volver, siempre, renovada, es decir, limpia y vivaz. Algo que a los humanos nos resulta prácticamente imposible. Somos capaces, sí, de recomenzar muchos empeños, pero no como hacen los ciclos ecológicos esenciales; es decir, con la misma potencia que la primera vez. Agua es manantial a cada instante. Su condición de criatura iniciándose suma inocencia a sus cualidades. Por supuesto, también llamo la atención sobre el hecho de que lo inocente es obviamente honesto, como supieron descubrir esos primeros escritores de sinogramas.

En definitiva, que hacer lo que se ha prometido hacer, en este caso volver, reitero, ya es dar nuevas oportunidades a lo honesto. Por desgracia, insisto, demasiadas veces los humanos disfrazan con palabras clave actuaciones diametralmente opuestas a la cíclica vivacidad que nos asegura el nómada líquido de la Vida. Por cierto, que no otra es la primera tarea/destreza de Agua.

Por todo ello, conviene ir mermando los imperios de la mentira, la publicidad engañosa y el autoengaño. Tan acaparadores ellos.

Porque nos pongamos como nos pongamos, bien al lado de lo honesto —Aagua limpia—, bien al lado de la corrupción —Aagua sucia—, seguiremos siendo Aagua que piensa; y seguirá siendo verdad que, ahora mismo, lo que más necesita nuestra especie es imitar la honestidad de Aagua limpia.

La contaminación, abro una de mis acostumbradas digresiones, invariablemente es algo que comienza con una manifiesta ignorancia, como la que acabo de recordar, y acaba en nosotros mismos. La degradación ambiental es un bumerán que provoca serios daños en el que lo arroja. Mientras que la circularidad del ciclo hídrico, siempre abierto, asegura la recuperación de la limpidez, la línea recta de nuestro consumismo se convierte en degradación.

Para emular la honestidad de Aagua, para no manchar la alegría de Aagua con la tristeza de nuestros venenos anima mucho tener presente nuestra condición acuática. Al menos, permite aflorar el más elemental de los principios éticos, aquel de «no le hagas a otro lo que no quieras que te hagan». Algo que a Aagua le resulta especialmente sencillo, porque para Ella nada es lo otro. Y añado que, cuando nos ensimismamos contemplando Aagua en cualquiera de sus estados o edades, con suerte se puede producir de forma espontánea una mimesis. Ciertamente, entre los innumerables favores que Aagua nos hace está el sugerirnos que recordemos la esencial unidad de lo viviente. Algo que tampoco resulta difícil identificar con lo honesto.

Recuerdo también que quienes asociaron la correcta conducta humana, incluso nuestro bienestar anímico, la alegría, con Aagua limpia acertaron, porque otra de sus destrezas/tareas es regalarse. Darse como dádiva incesante. La generosidad caracteriza también a la rectitud moral, es decir, a las mejores facetas de la convivencia en sociedad. Marca incluso ese punto de excelencia que supone el hospedar y com-

partir lo que se tiene. Más cuando nada se espera a cambio. El demasiado frecuente «do ut des» de los humanos forma parte de la degradación. Pero si te sumas a cualquier iniciativa o tarea o ayuda o militancia sin siquiera pensar en tipo alguno de recompensa serás como Aagua: estar siempre a disposición es la honesta conducta que está incorporada al fluir del líquido de la Vida. Y quien dice Aagua puede alargar su imaginación hasta Tierra o Aire, es decir, a cualquiera de los elementos básicos para la continuidad de la Vida. Todos ellos necesitan higiene y no menos quien la identifique, practique y contagie. Lástima que la honestidad sea una de las facetas menos emuladas de nuestras conductas. En cualquier caso, la biomímesis avanza con timidez. Imitar algunas de las formas de proceder de lo viviente no humano se abre camino entre nosotros. Como odres disfrazados que somos, debería resultarnos mucho más atractivo imitar a Aagua para alcanzar esa bondad superior que el taoísmo entendió como evidente.

Retengan, si bien les parece, y con esto amplío un comentario anterior: la idea de que Aagua, si goza de transparencia, actúa como deberían hacerlo las personas y, por supuesto, las sociedades. De hecho, regenera, disuelve lo sucio, mantiene y fertiliza. Todo, sin dejar de saciar la sed individual de todos y cada uno de los seres vivos del sistema y la del suelo. Es decir, que es la base de la higiene, la convivencia y el crecimiento. Sin duda, algo no tan alejado de lo que quiere contarnos la palabra «transparencia» también en nuestro idioma, siempre y cuando entendamos mucho mejor las tareas y destrezas de Aagua y de la honestidad. Ambas, tan traicionadas por este modelo económico que no cesa de convertir la transparencia en vertedero, la limpidez en contaminación y la alegría de la vivacidad en la tristeza de las extinciones masivas de este presente tan corrompido. Ser honestos —alegrarnos al contemplar Aagua limpia— resulta tan difícil a la mayoría de los humanos en la actualidad como a

Agua permanecer limpia. Es más, todo lo que pretendemos de cara a la recuperación de la vivacidad resulta literalmente equivalente a esa crucial destreza de Agua sana y salvadora, que mantiene en pie todo lo que palpita por estos mundos.

Vincular alegría y conductas constructivas y convivenciales, como son las honestas, tiene todo el sentido. Por mucho que se nos quiera olvidar, nos alegra que fondo y forma coincidan. Es decir, intenciones y actos, causas y efectos.

Agua tiene la igualdad entre sus propósitos, algo que entronca plenamente con la mejor concepción de la honestidad.

Si las diferencias aceleran todas las injusticias, el ser una misma cosa para todos agranda esa fraternidad que se nos quiere olvidar a los humanos.

Sé que me estoy alargando, pero me atrevo a sumar unas pocas consideraciones más, pues me percaté de que la atención del público no ha disminuido lo más mínimo. Pruebo, pues, a provocar y digo:

Porque bebo pretendo y propongo ser honesto. Es más, desde que demasiado pronto —a pesar del gran alivio que supuso la recuperación de la democracia, débil pero democracia— comprobamos que la corrupción gobernaba también muchos aspectos y departamentos, mantengo que lo más revolucionario que cabe en el presente es sencillamente ser honesto. Llamo la atención sobre el hecho de que he usado la palabra «revolucionario» cuando podría perfectamente haber dicho democrático, pero es que vivimos tiempos en que ser auténtico demócrata u honesto ya es pura revolución. Difícil, por supuesto, y hasta incomprendido por demasiados. Entre otras cosas, porque lo primero para alcanzar la honradez es no mentirte ni robarte a ti mismo. Tarea poco menos que titánica desde el momento en que la inmensa mayoría, digo, ha decidido ser esclava que gustosamente paga por serlo. Estoy aludiendo, espeto, a la rela-

ción de las mayorías con sus teléfonos, automóviles y televisiones. Encontrar soluciones y alivio en la emulación de un elemento esencial es todo lo contrario a creer que la realidad, el conocimiento y la comunicación están en uno de tus bolsillos.

En fin, caigo en la cuenta de que una vez más he lanzado una andanada contra las tecnologías que han abducido a la humanidad y que prácticamente impiden la independencia de criterio a la que también considero asociada a la honradez.

Nada ha creado la inteligencia, esa portentosa nadadora y buceadora, mejor que la ética. Traicionada, les recuerdo, casi de continuo por usos e interpretaciones que olvidaban que nunca debe ser considerado ético lo que solo beneficia a una parte de los sujetos activos o pasivos de la acción. En cualquier caso, siempre merece la pena todo esfuerzo que evite o intente evitar que la ignorancia y su hija la violencia sean dueñas de los empeños humanos. Desde el primer gran documento escrito, el libro del Tao, se ha buscado equilibrar las formas de dominación de unos hombres sobre otros. Se puede afirmar que los mil tratados de filosofía moral desembocan en la todavía no lograda igualdad, libertad y fraternidad de nosotros con nosotros mismos. Se nos olvida que no estamos solos. Bueno, se le olvida, sobre todo, al mundo occidental, porque el respeto a todas las formas de vida ya figura entre los primeros propósitos/obligaciones de los budistas, hinduistas y taoístas. Lo que todavía suele permanecer más oculto para buena parte de la humanidad es que Agua fue emparentada desde el mismo principio de las reflexiones escritas a la bondad, la correcta conducta e incluso a la rebelión pacífica.

Ese pensar y actuar con respeto no solo hacia los demás, sino también hacia lo demás, ha encontrado una estimulante y coherente ampliación en lo que hoy consideramos ética ecológica. Que, conviene no olvidar, es lo que subyace como primera intención en la

inmensa mayor parte de las propuestas de conservación de la Naturaleza, modelos productivos y educativos.

Ampliar los horizontes de nuestras obligaciones morales no mengua en nada las que mantenemos para con los otros de nuestra especie. Todo lo contrario, lo aumenta de la misma forma que disminuir o evitar todo sufrimiento en los animales no nos convierte en peores humanos sino en mejores. Por cierto, unos y otros, reitero, somos Agua que vive. Acepto y celebro que todo lo que pretendo evocar y celebrar puede estar incluido en un término, que a menudo usa el gran pensador José María Esquirol: ANUESTRARNOS. Lo nuestro, lo de todos es ácuero.

Hay mucho más con relación a lo que a unos pocos nos guía y, por desgracia, motiva algunas expresiones públicas de total ignorancia con relación a lo que somos y pretendemos.

¿Fue contemplando Agua y queriendo comprender su misma profundidad de donde salieron los conceptos básicos de lo que hoy llamamos pensamiento ecológico, tan contundente y bien iniciado por el taoísmo?

No solo somos pacifistas, sino también pacíficos. Es decir, además de evitar la guerra para la solución de cualquier conflicto, no menos descartamos la violencia en todas sus formas, incluido el desprecio a los que piensan de otra forma. La universalidad del darse, pues, sin querer ni una minúscula apropiación, eso que siempre es capaz de desatar una guerra.

El respeto a todo lo femenino, en plano de total igualdad, informa todo el proyecto ético del pensamiento ecológico. La condición matriarcal de Agua, progenitora universal, resulta más que obvia como aparecerá varias veces a lo largo de este libro.

Considerar especialmente digno de aprecio nuestro origen y procedencia remarca la confluencia con la filosofía moral. De ahí tam-

bién la máxima consideración por la cultura rural, los pueblos aborígenes y la misma Natura, todos ellos realmente criaturas acuáticas.

Como hermanos de Agua que somos en relación a los otros seres vivos, debería resultarnos fácil y lógico considerarnos pertenecientes no solo a una civilización, sino también a una biosfera. A una infinita diversidad de formas vivas, de ciclos y procesos. Todos ellos no nos necesitan, pero nosotros sí a ellos. Por eso, otra de las formas del debido agradecimiento hacia lo que nos permite vivir consiste en que no lo desvalijemos todavía más. No olvidemos nunca, digo subiendo el tono de voz: Agua no necesita bebernos, pero nosotros a ella sí, y nada menos que un par de litros al día.

Voy terminando la plática con lo más sobresaliente de la ética ecológica y que supone uno de los grandes aportes a la dignidad humana y a la filosofía moral de todos los tiempos. Es lo que a veces he llamado ética ciega, es decir, la que no privatiza ni conoce el destino de la buena conducta.

Cuando conseguimos que el Aire respire un poco más de transparencia, o que Agua beba limpidez, o que Tierra coma fertilidad natural y así crezcan árboles y cosechas no contaminadas, no lo estamos haciendo exclusivamente para nosotros, los humanos, como hacen todas las otras propuestas éticas. Ese proceder no distingue, ni siquiera va a conocer jamás a los principales beneficiarios de este pacífico respeto a la vida en todas sus manifestaciones. Estamos trabajando, proclamo, para que dentro de cien o mil años quede algo de este fascinante e imprescindible espectáculo que es Agua en el planeta Vida. Si Agua se ahoga como se está ahogando, rescatar la náufraga honestidad será toda una operación de salvamento tanto de Ella como de nosotros mismos.

Así que, una vez más, culmino mi digresión con la propuesta clave de que mantener viva a la Vida es salvar a lo que nos salva.

Nada nos cuida tanto como cuidar de los que nos cuida: y a eso le llamamos atalantar.

Es más, apuntillo, cabe hacernos una pregunta tan sencilla y, al mismo tiempo, tan honda como Agua misma.

¿Existe algo más honesto que dar vida a todas las vidas, hacernos a todos hermanos de Agua?

¿Si somos Agua que piensa, por qué no pensar como Agua?

Soñemos, queridas amigas, queridos amigos, pues acaso una fantasía acuda a salvarnos de la gran sequía que asoma por el horizonte. Reguemos nuestra imaginación, que también es un producto de este charco que es nuestro cerebro.

¿Por qué no pensar, es más, que Agua ya nos tenía a todos pensados? ¿Que ya tenía esa genial idea que es la Vida?

En realidad, señoras, señores, todo lo que han escuchado puede ser considerado como expresión de Agua misma. Hoy aquí he prestado encantado mi voz y mi palabra como debido agradecimiento por todo lo que la palabra «honesto» en chino me ha permitido comprender.

Finalizo la charla con la frase que más veces he escrito y pronunciado; de hecho, casi todas mis dedicatorias, artículos, conferencias y programas de radio culminan con: GRACIAS, ahora sí las doy por la generosa presentación y POR DEJARME EXPRESAR ALGUNAS DE MIS CONVICCIONES, EMOCIONES Y COMPROMISOS que intentan ser los mismos que los del líquido que trajo y nos da la vida.

GRACIAS Y QUE LA VIDA OS ATALANTE.